

Alerce

Año 6, N° 58, junio de 2019. Director: David Hevia

In memoriam Carlos Mellado

Adiós al poeta silencioso

*Hay que pensar en la palabra adiós, metérsela en la sangre,
Al amanecer o en medio de la noche.*

Carlos Mellado

Cuando terminaba de editar un hermoso poemario de Marisol, rescatado de treinta y nueve años de olvido, me entero del *pasamento* de Carlos Mellado (qué buena palabra galaico-portuguesa para su partida: *pasamento*, tránsito a la otra orilla, a la ribera de los poetas esenciales, de los hombres buenos y necesarios)...

Me entero de su adiós de Ulises de las palabras y no puedo contener lágrimas de viejo amigo y compañero... Le conocí en 1978, cuando llegué a la Casa del Escritor con mi primer libro de poemas. Compartimos casi dos décadas de actividad, él en su reducto hospitalario de la Comisión de Cultura, donde nos amanecíamos en extensas veladas, aprovechando el artero decreto del toque de queda. Brillaban los envases multicolores de mostos y vinos y mistelas y guindados, entibiando las palabras, conjurando el desasosiego de la más negra época de este país de largas grisuras...

En septiembre de 1988 viajamos, Carlos, Marisol y yo, a la ciudad de La Serena, comisionados por el directorio de la SECH para entregar un reconocimiento al obispo de esa sede, Bernardino Piñera, por la colaboración del prelado con nuestra institución, cuando la dictadura nos negaba la sal y el agua. Compartimos una estada de tres o cuatro días, junto a una novia serenense de Carlos, marinero amante de cien puertos: "dejan una promesa/ no vuelven nunca más..." Eterno enamorado, buscador de femenina hospitalidad y a la vez cobijo de musas.

Carlos Mellado fue un incansable gestor cultural, desplegando sus actividades con enorme generosidad, con singular modestia, como un poeta silencioso, pese a su indudable calidad estética, la que hoy volvemos a disfrutar gracias a Ediciones Lar y al acertado trabajo de edición de la poeta Andrea Campos, fiel amiga de Carlos, en *Poesía Reunida* (1962-2017), obra que iba a ser presentada en la Casa del Escritor cuando Carlos fue hospitalizado, para no regresar. Andrea escribe en el prólogo:

"Esta poesía reunida, desde 1962 hasta el reciente 2017, con más de un centenar de poemas inéditos, nos abre al goce gozoso de la vida cotidiana, del amor, que como en cada ser alterna con el miedo a la muerte y la esperanza, la soledad y el derecho al silencio, la ironía y el humor. ¿Acaso logra la patria? Aquella patria perdida, que pareciera ser sentido y origen en la poesía de Carlos Mellado: la patria del amor en todas sus formas".

Y Andrea precisa los alcances de este libro que, de manera póstuma, hace justicia al "poeta silencioso":

"La compilación, transcripción, corrección y trabajos editoriales, de diagramación y diseño de este libro han sido un desafío mayor, el que nunca podría haber cumplido de no mediar el amor y la confianza, y desde luego la colaboración invaluable, primero, del autor, luego de mis queridísimos Omar Lara, poeta y editor; y del poeta y filósofo, Hugo Mujica, desde Argentina; de Isabel Mellado, escritora e hija del autor; del escritor y académico Miguel de Loyola; del poeta Juan Cameron; de los talleristas de nuestro Gredazul, de mi familia, amigos y escritores que compartieron su tiempo para leer, releer y ahondar lo

más posible en esas hojas que Carlos Mellado me entregó...".

Puede que el destino perdurable del poeta sea sólo el constante recuerdo de sus versos. En el caso de Carlos Mellado, su voz es como un permanente diálogo establecido desde un soliloquio de estructura sencilla, pero de hondo sentido existencial, como lo expresa en el poema *Esto es una grabación*, que leímos en su velatorio en la Casa del Escritor, el viernes 24 de mayo de 2019:

*De tanta verdad sabida que tuve
y tanta verdad que creía esperándome,
voy sacando cortezas para un fuego quebrado
vuelto hacia atrás que se desparrama pegajoso.
Sólo es cierto este segundo y las muertes que supone
lo que metódicamente digo es así
más con la piel y el ojo, mi propio líquido
o la satisfacción de la sal instintiva y certera.
Sé que no bastará pero todavía basta;
como cualquier sistema, el juego consiste en eso.
vengo o vine a aceptar estipulaciones tan prestigiosas
que mi nombre es amén
así soy
qué más quieren.*

.....

Militante comunista, como tantos poetas y escritores de esta doliente patria, Carlos Mellado fue fiel a los principios del socialismo y a la lucha por la libertad y la justicia social, en momentos difíciles y peligrosos. Optó, quizá, por el exilio interior y desde la trincheras de la cultura y del quehacer literario, mantuvo la llama esperanzadora. Fuimos testigos de eso y le acompañamos con la alegría de los sencillos camaradas.

Él estaba preparado para muertes y catástrofes, con el arma insustituible de su humor, ese que palpita y brota en sus mejores versos:

*No soy Lihn: Cuando venga la muerte,
no estaré escribiendo de la muerte,
ni buscaré mi perdida, nunca existente lucidez.
Sin imprecaciones
continuaré escribiendo de mis perros
y zapatos,
de tanta noche y rayo y tanto nada
siempre inasibles,
de mi vida, que fue apenas una sugerencia.*

De esa vida, prolífica y de humilde grandeza, nos queda el recuerdo entrañable de su amistad y de su poesía de magistral y sutil sesgo irónico, de fulgores súbitos, de anhelos desgarrados que hacía aparecer como signos de humor esclarecido.

Te abrazamos, Carlos Mellado, amigo, compañero. ¡Hasta siempre!

EDMUNDO MOURE

Soliloquio

Creía haber hablado con tanta gente
cuando descubro
no haber hablado con nadie.

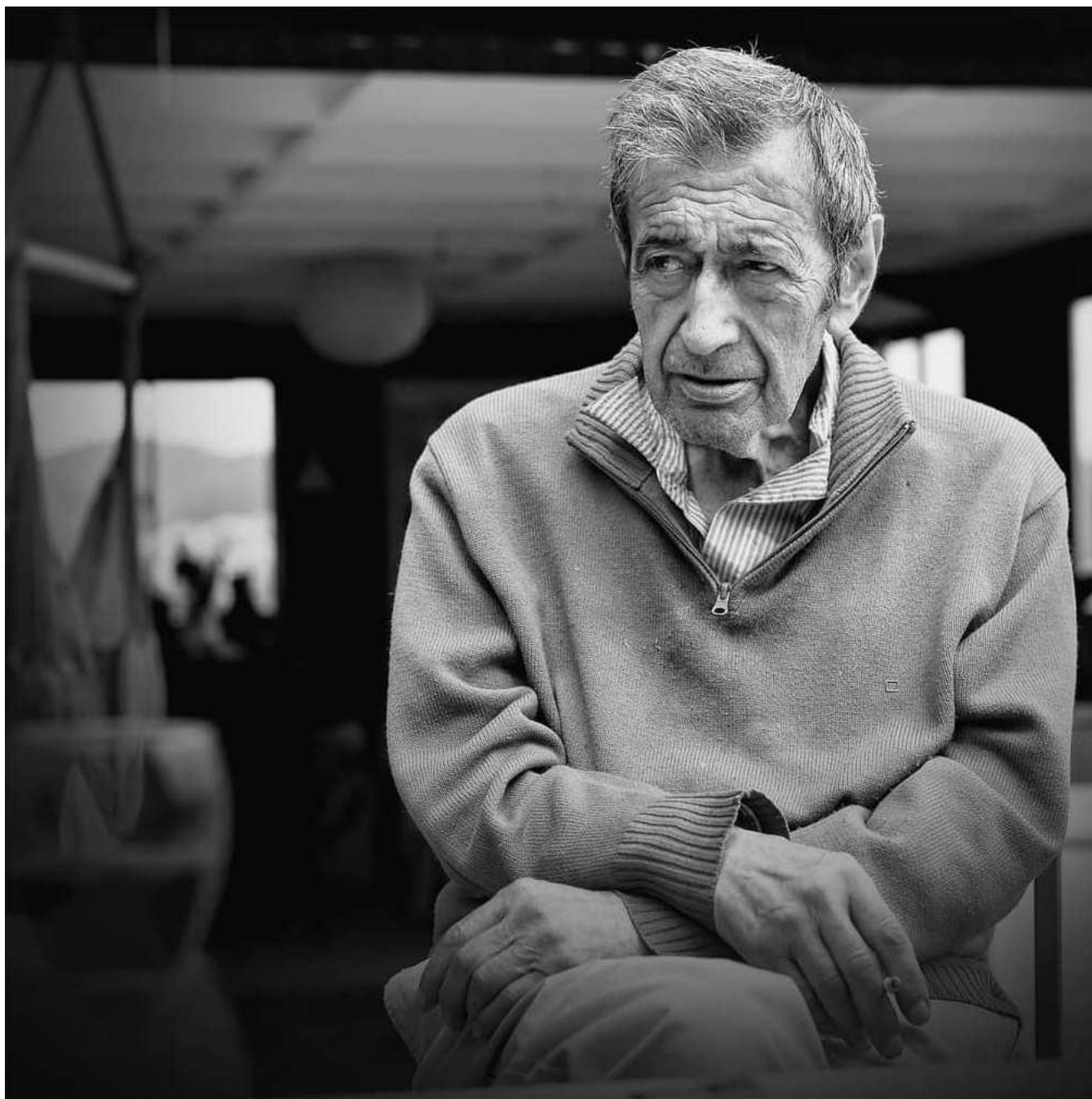
Sólo repetía palabras ajenas;
de mí captaban sonidos,
motivos de recuerdo, en realidad
completaban su elemental puzzle.

Pero nunca reclamé.
¿Cómo iba a hacerlo
si estaba hablando para mí
que tampoco me escuchaba
ni entendía?

Soledad y compañía

A una mujer a quien hablé de la soledad
diciéndole que era un ropaje desagradable
con algo de ataúd y ensayo de final
le pareció que me equivocaba, mucho
pero no dijo más
porque debía irse
a no sé dónde.

CARLOS MELLADO



In memoriam Nelson Gómez

Por David Hevia

Profunda e incansable voz de las letras nacionales, Nelson Gómez León irrumpió en la escena cultural del país desde su triple condición de destacado actor, artesano y literato. Autor de obras traducidas al inglés, francés, finlandés y noruego, editó desde 1989 la revista Raima, publicando al año siguiente, junto a Iris Fernández Ángel, el volumen *Cuentos y otras hierbas y Pequicuentos*, al que le sucedieron *Siete voces de Arica* (1992) -también junto a Iris Fernández-, *Ideas sobre el cuento y Caja de cuentos*. Pronto sería el turno de *Kuentomancias y mentíforas* (1993), al que se suman su participación, con un relato, en *Cuentos chilenos para niños* (1999), y *Tres esperando la lluvia*, junto a otros dos autores (2002). Permanente invitado a lecturas y encuentros literarios tanto en Chile como en el extranjero, su trayectoria se vio coronada por diversos galardones, entre los que cabe destacar el diploma que en 1995 le concede el Concejo Municipal de Arica como el escritor más destacado del año; la Medalla Gabriela Mistral, que le fue conferida en el marco del Encuentro Internacional de Escritores Juntémonos en Chile; el tercer lugar del Concurso de Cuentos Juan Rulfo (México, 1997) y la mención honrosa que obtuvo en el Concurso de Cuentos Cortos, auspiciado por la Unión de Escritores Americanos (1998). Su obra, rescatada en un sinnúmero de antologías, entraña un aporte cabal en su papel de eterno divulgador del quehacer artístico-cultural, nacional e internacional, tanto conduciendo el programa *Conversando en familia*, emitido en 1994 por Radio Nacional de Arica, como encabezando un espacio a través de la señal de Telenorte.

Señero presidente de la Filial Arica de la Sociedad de Escritores de Chile, Nelson Gómez León es responsable de pasajes que se funden con la mejor herencia que lega la historia de la narrativa nacional de las últimas décadas, y así lo consignan los anales de la Biblioteca Nacional, la prensa y la crítica literaria. Es en esta última dimensión donde el aplauso del mundo académico se hace oír más allá del relato breve y se instala, también, en la condición de novelista del autor. En ese marco, su novela *Guanacay, campamento invisible* (2013) inaugura una reflexión honda, capaz de abrir un diálogo fecundo entre la literatura y varias de sus hermanas, como la lingüística, la filología y la semiótica. Esa esencia es captada con agudeza por el profesor e investigador Daniel Rojas Pachas (danielrojaspachas.com, 20 de noviembre de 2008), quien señala, certeramente, que dicha novela es “una obra compleja y bien estructurada”, que “consigue desarrollar a cabalidad todos los niveles comunicativos del signo”; en primer lugar, explica, “el morfológico, ya que presenta una rígida pulcritud tanto en lo formal y normativo como en la organización supraestructural”, de modo que el libro evidencia “una lógica detallada y consciente en la elaboración de su trama”. Se trata, pues, de una inteligente opción estética del autor, cuya destreza con la pluma da a luz un mundo narrativo que domina en propiedad tanto la estrategia intertextual como los recursos cuyo catálogo aportan teóricos como Gérard Genette. Por otra parte, y lejos de la expresión lineal contra la

cual advierte Mijaíl Bajtin, la trama va entretejiendo sus niveles de intelección a través de capas y también de planos en el sentido que al concepto atribuye Julia Kristeva. La obra implica, como subraya Rojas, “una última apelación al precario y discontinuo yo”, y de ese desafío el novelista sale airoso, en cuanto el libro constituye “una forma de visitar el mito de Pedro Páramo desde una óptica personal ligada a la tradición del norte chileno y desde allí reescribir y leer otras grandes gestas de la cultura universal que desarrollan el viaje y principalmente el descenso a los infiernos como una mayéutica de autodescubrimiento y reconciliación con alteridad”.

En consecuencia, para nada es casual que el trabajo literario de Nelson Gómez León tenga tal acogida en las páginas de la cultura nacional. A no dudar, su obra seguirá abriendo nuevos caminos en el universo de las letras, más allá de la partida del autor. Sus escritos hablan por sí mismos y nos obsequian un eco fértil, como ocurre en los textos de este gran narrador y que compartimos a continuación.

En un boque de robles, canelos y copihues

Si no estuviera muerto, añoraría los prodigiosos bosques sureños y a la india Juni, que malditamente sola me parió sobre la húmeda hojarasca, asistida por frondosos robles, canelos y copihues. Ante mis primeros bramidos se asomaron varios nubarrones curiosos, la savia vegetal apuró su latir y el sol se hizo el sordo.

Natural como el aire, nací huacho y con apodo: “la cría del afuerino”. Cuando murió la Juni, yo era un niño de seis años, solo y desamparado; no me quedó otra que trabajar de mandadero, y así pasé por casi todas las casas de Tirúa; hasta que, una mañana, aburrido del hambre huí a Temuco en busca de mejores pagos y “claro que los encontré”. Allegándome a la casa de los Millanao, esa misma tarde me invitaron a una marcha de recuperación de nuestras tierras.

Salí dispuesto a luchar por la dignidad de mi pueblo y, de tres lumazos me quebraron un brazo; los policías me dispararon tres, seis ocho veces; arrastrándome llegué a la cumbre del Ñielol y me abracé al rehue. Rompiendo los cielos apareció la Juni montada en el Puelche y alzándome con ternura, y pesar, me devolvió al lugar que guarda mi placenta. Me acurruqué en la hojarasca...

¡Ay, si no estuviera muerto!

Por ambos lados

Varios perdigones desgajaron del cielo al cormorán, que en picada y herido de muerte se incrustó en el pecho del cazador.

Crítico de fe

Después que Moisés recibió las Tablas de la Ley, Aarón descubrió varias faltas de ortografía y guardó un respetuoso silencio.

Tiempo a tres voces

Antes de morir, papá me regaló su reloj. Pasaron los años, y ahora mi hijo ve la hora de su abuelo.

Historia incompleta

Como parte de mi herencia, recibí la caja de fotografías del entredicho que, con filo justiciero separaron cuerpos y rostros a mansalva. A mí, el más pecador, me salvó el amor de madre.

Lector de sí mismo

Cada noche sacudía su libro de cabecera dejando apiladas las letras sobre el escritorio; a la mañana siguiente, una por una las iba acomodando nuevamente en cada hoja y por las tardes, se solazaba leyendo una nueva novela.

